

WALT DISNEY

Robin Hood



WALT DISNEY

Robin Hood

Adaptación:
Michel Manière

Traducción:
Geneviève Naud



Ediciones Gaviota, s.a.
MADRID — ESPAÑA



¡Hola, amigos!

Me presento: soy Alan Dale, de ojo vivo y voz clara, trovador en el reino de Inglaterra.

El pueblo que veis a la derecha, con su castillo feudal, es Nottingham, y el bosque que se extiende a la izquierda, el de Sherwood.

Es allí donde vivía, en los tiempos de que os hablo, el famoso, el astuto, el sorprendente, el genial... ¡el incomparable Robin Hood!






Ese gran oso es Pequeño Juan, y el zorro, Robin Hood. Son amigos desde siempre. ¿Que cuál es su misión en la vida? ¡Despojar a los ricos para alimentar a los pobres! Algunos piensan que está muy mal, y que Robin es un granuja. ¡Yo creo que esto es justicia, y que Robin es un héroe! Juzgad vosotros mismos.

Aquel día, en el bosque de Sherwood había una calma total. Así que Robin y Pequeño Juan se dedican a jugar. Hacen el bobo, se divierten como enanos, cuando de repente: —¿Has oído eso, Pequeño Juan? ¡Deprisa, escondámonos!

Desde su escondite, los dos amigos asisten al más fabuloso de los espectáculos. Semejante carroza no puede ser de un señor corriente ni tampoco de un príncipe.
—¡Sólo puede ser el rey! —susurra Robin.
—¿El rey? —se extraña Pequeño Juan—. Creía que estaba en las Cruzadas de Tierra Santa.
—El verdadero rey es Ricardo, nuestro buen rey Ricardo, el que partió. El falso monarca que se esconde ahí dentro, es el príncipe Juan, su hermano, un impostor que se enriquece a costa de impuestos que carga sobre las espaldas de los pobres. ¡Pero, afortunadamente para nosotros, es aún más tonto que malo! Escúchame, Pequeño Juan, tengo una idea...





¡Vaya idea! ¡Pequeño Juan y él, disfrazados de gitanas! ¡Muy listo sería quien los pudiera reconocer bajo esas indumentarias!

—¡Deprisa! ¡Alcancemos la carroza!

—¡No es fácil correr con todos estos refajos!

—protesta Pequeño Juan...—. ¡Y se me caen la pechera y el corpiño!

—¡Tarot! ¡Bola de cristal y líneas de la mano! ¡Somos las reinas de la buenaventura! ¡Noble viajero, para tu coche y conocerás el futuro!



En ese mismo momento,
en la carroza:

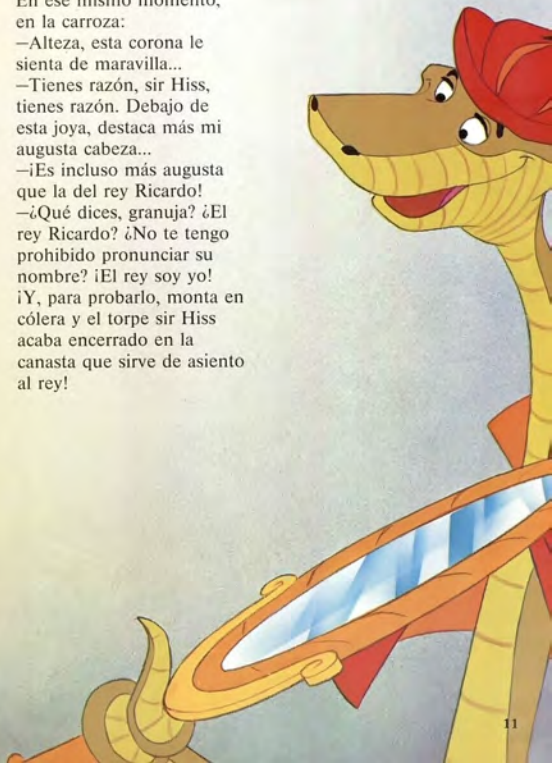
—Alteza, esta corona le
sienta de maravilla...

—Tienes razón, sir Hiss,
tienes razón. Debajo de
esta joya, destaca más mi
augusta cabeza...

—¡Es incluso más augusta
que la del rey Ricardo!

—¿Qué dices, granuja? ¿El
rey Ricardo? ¿No te tengo
prohibido pronunciar su
nombre? ¡El rey soy yo!

¡Y, para probarlo, monta en
cólera y el torpe sir Hiss
acaba encerrado en la
canasta que sirve de asiento
al rey!



El rey, deseoso de saber su porvenir, manda en seguida para el cortejo:

—¡Sube, gitana, y dime todo lo que adivines acerca de mi real destino!

En su canasta, la serpiente se impacienta. Ha olfateado una trampa y quisiera decirlo. Pero el rey le ordena callarse.

—¿Y bien, qué lees en tu bola de cristal?

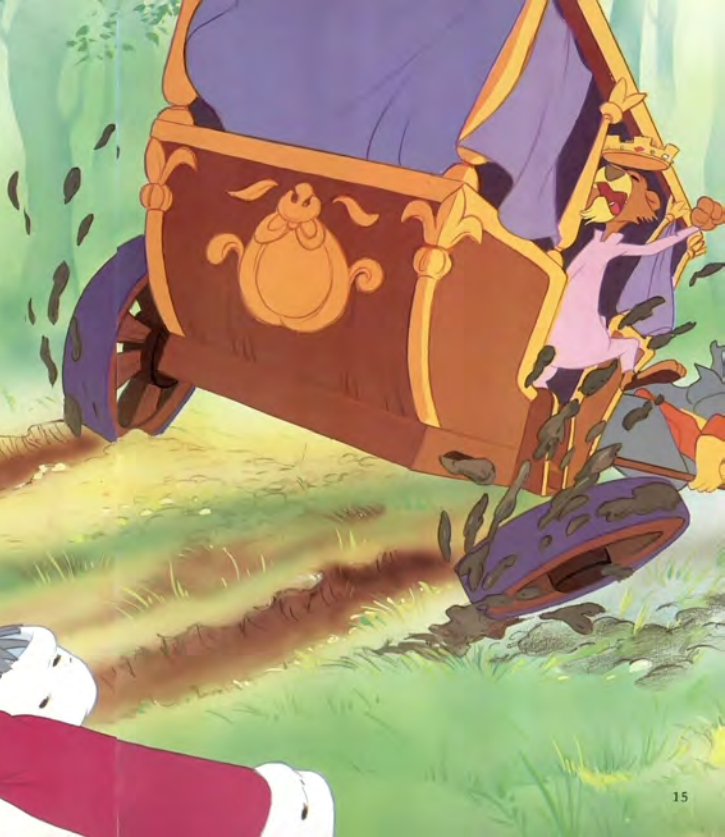
—¡Paciencia! ¡Paciencia!...
Concentrémonos primero.

Contemplemos con atención esta bola.

Mientras el bobo del rey hace lo que se le pide, Robin arrebató a la serpiente una gran bolsa llena de oro.



Entre tanto, Pequeño Juan desatornilla subrepticamente las tapas de las ruedas y se apodera de las monedas escondidas detrás: ¡un verdadero tesoro! En cuanto a Robin, cuando sale de la carroza, consigue quitarle al rey hasta su capa de armiño. —¡Fíjate en esto, Pequeño Juan! —dice al salir corriendo—. ¿Qué te parecen mis “galas reales”? Tras estas palabras, Pequeño Juan se vuelve hacia el rey. Sólo lleva la corona y los calzoncillos. Como es natural, está que revienta de furia. —Hasta más ver, majestad... ¡Cuidado! Está perdiendo más cosas aún.



Estas cosas eran sencillamente las ruedas de su carroza.
Sin sus tapas, pronto se salieron de los ejes... ¡y la
carroza se vino abajo!

—¡Se lo advertí! —grita la serpiente—. ¡Era Robin Hood!
¡Y, además, nos esperan siete años de desgracias, por
haberse roto el espejo!

—¡Cállate, reptil inmundo! ¡Todo es culpa tuya!

¿Me oyes? ¡Culpa tuya! ¡Culpa tuya!

Al decir esto, golpea el suelo con los dos puños y acaba
cubierto de barro.

Entonces, desanimado, se deja caer de nuevo; y, como
cada vez que le sucede una desgracia, ¡se mete el dedo
gordo en la boca y llama a su mamá a grandes voces!





En cuanto llega al castillo, el rey hace sus cuentas: le faltan exactamente setecientos ochenta y siete monedas de oro. ¡Dicho de otra manera: le quedan apenas dieciocho mil quinientos millones!

—¡La ruina, sir Hiss, la ruina! ¡Robin me las pagará! ¡Entre tanto, que vayan a buscar al sheriff!

—¿En qué puedo servirle, majestad? —pregunta éste cuando llega—. ¿Desvalijar a los pobres para dárselo a los ricos? ¡Me encanta!

—¡Exactamente! —ruge el rey—. ¡Y ay de ti si queda un SOLO penique en una SOLA granja!





Al mismo tiempo, en casa de la señora Conejo, una viuda de gran corazón, están celebrando los siete años de Skippy. Sus hermanas se han sacrificado durante un año entero para ofrecerle una bonita y reluciente moneda. ¡Qué sorpresa para Skippy! De repente, aparece el sheriff.
—¡Hola a todos! ¡Y feliz cumpleaños, Skippy! El príncipe Juan quiere felicitarte...

Se acerca al pequeño y le quita el regalo.
—¿La felicitación bien vale una moneda de oro a cambio, no te parece, pequeño?
Con estas palabras, se vuelve hacia la puerta.
Todos permanecen callados.
—¡Gracias de nuevo —dice—, y hasta la próxima!



Apenas ha salido por la puerta el horrible personaje,
cuando aparece un mendigo.
—¡Piedad para un pobre ciego, buena gente, piedad!
—¡Lo siento mucho, buen hombre, desgraciadamente
el sheriff acaba de quitarnos la última moneda!
La viuda abre bien los ojos: el viejo se yergue y,
cuando se quita las gafas...
—¡Robin Hood! ¡Es Robin! ¡Viva Robin! —exclaman a
coro los tres niños.
¡Con una mano saca una bolsa de oro que tiende a la
mamá, y con la otra, un arco y un sombrero!
—Son para ti, Skippy. ¡Feliz cumpleaños!
Entonces, vuelve a ponerse las gafas y se va como
vino, sin dar tiempo a sus amigos de darle las gracias.



Sin embargo, el sheriff prosigue su labor. Ni los más listos escapan a su olfato.

—¡Yo, cuando hay monedas de oro en algún sitio, las HUELO! —explica olfateando la pata escayolada del herrero. ¡Y zas!, le arranca la escayola: en seguida unas monedas caen de ella.

—¡Vaya hucha!





Skippy ha querido estrenar en seguida su arco y su sombrero. Pero, ¡ay!, apuntó demasiado alto... y su flecha fue a parar al patio del castillo.

—¡No vayas, Skippy! ¡El príncipe Juan te matará!

—¡Soy Robin Hood, y Robin no teme al príncipe Juan! Y, ¡hala!, se cuela por debajo de la reja. Pero una gallina muy gorda le para.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

—¡Soy Robin Hood, vengo a buscar mi flecha!

—¡Robin Hood! ¡Entonces, en guardia, joven!

Y la gallina se muere de risa. Pero, detrás de ellos:

—¡No se ría, lady Kluck —dice una dulce voz—, este joven lleva un sombrero verdaderamente digno de Robin!

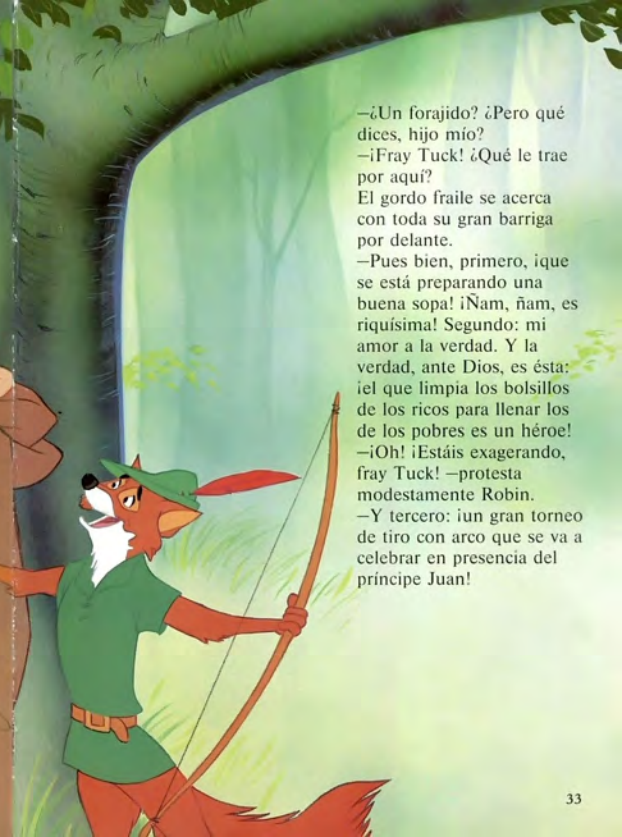
La doncella que acaba de hablar no es otra que la princesa Marian. En cuanto a la gorda gallina vestida de azul, es lady Kluck, su dama de compañía. Todo el mundo en el pueblo sabe que Marian está enamorada de Robin. Y todo el mundo desea que acabe casándose con él algún día. —¡Ay! —suspira Marian, de vuelta a su habitación—, mientras Ricardo esté fuera, es imposible. ¡Además... —añade tristemente—, tal vez Robin me ha olvidado! —¿Robin, olvidarla? ¡Seguro que no! —¡Oh, lady Kluck! ¡Tiene razón! ¡Soy feliz porque sé que vendrá a buscarme!



Robin y Pequeño Juan han vuelto al bosque de Sherwood. Mientras Pequeño Juan tiende la ropa, Robin, ensimismado, pasea con el pensamiento por el castillo de Nottingham.



—¡Harías mejor en ocuparte de la sopa en lugar de soñar con esa tal Marian! O, al menos, icásate con ella y no hablemos más del tema! —grita Pequeño Juan.
—¿Casarme con ella?
—¿La quieres, sí o no?
—¡Claro que la quiero! Pero ella es una princesa y yo no soy más que un forajido.



—¿Un forajido? ¿Pero qué dices, hijo mío?

—¡Fray Tuck! ¿Qué le trae por aquí?

El gordo fraile se acerca con toda su gran barriga por delante.

—Pues bien, primero, ¡que se está preparando una buena sopa! ¡Nam, ñam, es riquísima! Segundo: mi amor a la verdad. Y la verdad, ante Dios, es ésta: ¡el que limpia los bolsillos de los ricos para llenar los de los pobres es un héroe!

—¡Oh! ¡Estáis exagerando, fray Tuck! —protesta modestamente Robin.

—Y tercero: ¡un gran torneo de tiro con arco que se va a celebrar en presencia del príncipe Juan!

Se trata de un torneo que debe reunir a todos los campeones de tiro de Inglaterra, ¡qué acontecimiento! Desde el alba del gran día, a pie, a caballo, en carroza, la gente acude de todas partes. Los espectadores ya no saben dónde colocarse. Hay quien está encaramado en las vallas, en los tejados de las casas y hasta en los árboles.

La verdad es que el espectáculo merece la pena.
—¡Oíd, buena gente! El torneo está a punto de empezar. Y lo que se juega es de valía: ¡para el triunfador, un beso de la hermosa princesa Marian!
¡No puede haber mejor premio!



¡Un beso de Marian! Robin no puede perder esta oportunidad. Pero tampoco puede aparecer con la cara descubierta. ¡Si le reconociese el príncipe Juan, ordenaría en seguida a sus guardias que le llevasen al patíbulo! He aquí, pues, a nuestro amigo subido en unos zancos y disfrazado con un gran pico de cigüeña.

—¡Por mis bigotes, Robin, ni tu propia madre te reconocería!
—Y por mi pico, Pequeño Juan, tu disfraz está muy conseguido. ¡Seguro que aquí todo el mundo te tomará por el duque de Chutney en persona!

En la tribuna real, como estaba previsto, el duque de Chutney es recibido con los brazos abiertos por el príncipe Juan. En cuanto a Marian, acaricia la secreta esperanza de reconocer, entre los concursantes, a su querido Robin, que va de incógnito.





—¡Tú otra vez, Hiss! ¿Cuándo vas a estarte quieto?
—Pero, majestad, mi olfato y mi penetrante mirada...
—¡Tu olfato y tu penetrante mirada! ¡Escuchad a este idiota! Quieres hacerme el favor...
—Pero, majestad..., el duque no es el duque...
—¡Que el duque no es el duque! ¡Y a lo mejor yo no soy el rey! ¡Tú si que eres un reptil! ¡Y de los más repugnantes! ¡Vuelve a tu canasta, y que no vuelva a verte!



—¡Eso es, vuelve a tu canasta, Hiss, y cierra el pico!
—¡Pero bueno! ¿Por qué se mete donde no le llaman?
—refunfuña para sí la serpiente—. ¡Duque de Chutney por aquí, duque de Chutney por allá, habráse visto cosa igual!
¡Pequeño Juan, sí, y bandolero, eso es lo que eres! ¡Ay de ti..., ay de vosotros dos más bien, porque si tú estás aquí, tu cómplice no anda lejos!

Unos instantes más tarde, cuando empieza el torneo y todo el mundo se ha olvidado de ella, la serpiente se escapa de su canasta. Se desliza discretamente por entre los pies de los espectadores. Y, de repente, se le ocurre una idea. Acaba de descubrir a un vendedor de globos.





Hiss no pierde el tiempo. En cuanto puede, izas!, se desliza dentro de uno de los globos del vendedor y, ¡hala!, he aquí que empieza a elevarse. ¡Curioso pájaro, siniestro volátil! Mientras tanto, los concursantes han ido siendo eliminados uno tras otro. Ya sólo quedan en el concurso el odioso sheriff... y esa cigüeña un tanto rara. "¡Tiene que ser él!", piensa la bella Marian, con el corazón en vilo.

Desgraciadamente, en ese mismo instante, la serpiente, que vuela a ras del suelo, ha llegado a la misma conclusión: "¡Ya no hay duda, seguro que es él!". No hay un segundo que perder. Golpeando el aire con su cola, echà a volar para avisar al príncipe Juan.



¡Pero, afortunadamente, yo, Alan Dale, estaba allí! Por una vez, mi laúd iba a servir para algo más que para hacer música... Fue fray Tuck quien tuvo la idea de colocar una flecha en una de las cuerdas. Apuntó lo mejor que pudo, ¡y sobre todo pidió a Dios que le ayudara! ¡Y Dios le oyó! ¡Pun! El globo estalla y, totalmente aturdida, nuestra serpiente acaba mordiendo el polvo.
—¡Encerrémosla en este tonel!
—¡Muy buena idea, encerrémosla!
Dicho y hecho.
—¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Me las pagaréis!
—¡Sigue hablando, querida; ahí donde estás, nadie podrá oírte!



El cocodrilo no está contento, el sheriff lo está menos aún. Y eso que estaba todo previsto: uno de sus cómplices, escondido detrás de la diana, tenía que desplazarla en el momento adecuado. ¡Pues bien, al ver aquello, la maldita cigüeña disparó una segunda flecha para desviar la primera en pleno vuelo! ¡Y zas! ¡EN EL BLANCO! Loca de alegría, Marian salta de su silla: —¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo!



—Por favor, princesa, un poco de compostura,
—murmura el rey. ¡Y, de repente, se da cuenta de
todo lo que está sucediendo!
—¡Venid hasta mí, valiente arquero —añade en
seguida—; ha llegado la hora de la recompensa!
En vez de recompensa..., cuando Robin se inclina
para saludarle, el rey le asesta un violento espadazo
en la espalda. ¡Su traje se desgarrá, su pico cae y es
descubierto!



—¡QUE LE PRENDAN!
—grita el rey—. ¡QUE LE
ATEN Y QUE LE
AHORQUEN!
—¡Piedad! —exclama
Marian, antes de caer
desvanecida.

—Bien, cigüeña de opereta, ¿te
creías más lista que nadie? ¡Has de
saber que aquí el sheriff siempre
dará su merecido a los forajidos de
tu especie!
—El verdadero forajido en este país
—replica valientemente Robin—, es
aquel que ocupa actualmente el
trono... ¡Viva el rey Ricardo!



Al oír estas palabras, el príncipe Juan se muere de rabia. ¡Pero todavía es peor cuando Pequeño Juan, agarrándole por el cuello, le pone la espada en el trasero!

—Permitidme, majestad, que me presente: duque de Chutney en esta ocasión, pero Pequeño Juan para los amigos.

Y, cambiando de tono, añade:

—¡Ordenad desatar en seguida a mi amigo, rata de alcantarilla con corona!

Y la punta de su espada se hunde ligeramente en el trasero del falso rey.

—¡Desatad a ese Robin!

—grita en seguida el monarca—. ¡Os lo ordeno! ¡Vamos, más deprisa!

Con gran pesar, el sheriff acabó obedeciendo. Y Pequeño Juan, como buen jugador, suelta a su rehén.



Acto seguido, los enfurecidos verdugos se abalanzan sobre Robin. "¡Estoy perdido!", piensa él. Pero lady Kluck por fin ha conseguido despertar a Marian. En cuanto ésta ve a su querido amigo enzarzado en plena lucha, sólo puede gritar:

—¡Le quiero, querido Robin, LE QUIERO!

Inmediatamente, las fuerzas de Robin aumentan, unos nuevos brazos le crecen por decenas, él solo es un ejército entero.




¡Qué desastre! Ante tanto arrojo y audacia, los duros de hace un momento acaban pidiendo gracia. Entre tanto, Pequeño Juan ha dejado fuera de combate al gordo sheriff. De un papirotazo envía a sus últimos asaltantes contra el suelo y corre junto a su amigo:
—¡Eh, Robin! ¿Qué te ha parecido todo esto?
—¡Que les hemos vencido..., y de qué manera!

En esto, coge a la princesa por la cintura:
—¡Sois el más fuerte! —murmura Marian a su oído...—. ¡Más fuerte que Tarzán!
—¡Y vos, mi adorada, sois más bella que Jane!
Nada más regresar a su claro de Sherwood, nuestros amigos celebran alegremente la victoria. Pequeño Juan toca el laúd y lady Kluck le acompaña batiendo las alas. Pronto, fray Tuck se une a ellos:



—Perdonad mi retraso, amigos, pero quería compartir nuestra alegría con la hermana Bulle y el padre Plouck, mis más fieles socios ante Dios. Entonces salen de su capucha dos encantadores ratoncillos, más acostumbrados a cantar cánticos que a bailar zapateados. Sin embargo, dando palmas, levantando la pierna, entonan esta alegre canción que todos repiten a coro:

A brown bear is shown from the chest up, looking towards a fox. The fox is dressed as a woman, wearing a pink hooded cloak and a purple dress, and is walking away from the bear. The background is a lush green forest with trees and foliage.

Incluso en el país
triste y maldito
donde reina un rey
sin fe ni ley,
¿quién sale vencedor
ante el impostor?
¡Robin Hood!
Incluso en el reino
desdichado
donde reina un burro
falso y desalmado,
¿quién alivia
todos los corazones?
¡La bella Marian!



Porque el Amor es el Amor
mal que le pese al palurdo.
Porque el Amor es el Amor
¡Y saldrá siempre vencedor!

He aquí la canción de la
hermana Bulle y del padre
Plouck.

Llega un momento, sin embargo, en que las canciones se agotan y todo el mundo está algo cansado de bailar.

—¿Y si hiciéramos un bonito espectáculo de marionetas? Dos trozos de madera, una camisa vieja, un saco lleno de hierba y una corona de papel: ¡ya tenemos un príncipe Juan clavado!

Un guante y dos botones es todo lo necesario para darle vida a sir Hiss. Sobre todo cuando una voz empalagosa susurra:

—¡A ver, Majestsstad, deje de chuparsse el dedo!

—¡Cuidado con lo que dices, Hiss! Tu voz guasona cosquillea mis oídos...

—¿Por qué no es V.d. más que un gordo-bebé-rey-infeliz, majestsstad?

—¡Pues por culpa de Robin! Me cogió mis dineritos, hizo pupa a mis soldados...





Entre tanto, los enamorados se han escabullido... sin decir ni mu. Si aguzaran el oído, se darían cuenta de que los pájaros son testigos de su romance.

—¿Queréis casaros conmigo? —pregunta Robin.

—¡Es mi más ardiente deseo! —contesta Marian.

—¿Tendremos niños?

—pregunta Robin.

—¡Oh, sí! ¡Muchos!

—contesta Marian—. ¡Muuuuuchos!



—¡Ah, Hiss! ¿Dónde te han llevado tu olfato y tu mirada penetrante? ¡Al fondo de un tonel! Mientras mis soldados eran masacrados y YO MISMO...

El príncipe Juan, fuera de sí, aprieta tan fuerte la garganta de la serpiente, que la pobre se pone roja, pálida, verde.

—Majestad —interrumpe el sheriff—, no la estrangule, puede ser útil todavía, y además... tengo una idea mejor para descargar su rabia... ¡mientras capturamos al granuja de Robin, claro!

—¿Y cuál es esa idea, si puede saberse?

—Pues despojar a los pobres para dárselo a los ricos, majestad... ¡Me encanta!



Los pobres eran tan pobres, en Nottingham, que incluso el cepillo de la iglesia no tardó en quedarse vacío. Fray Tuck se desesperaba.

—Tenga, fray Tuck.

Al darse la vuelta, ve ante él a la hermana Bulle y al padre Plouck con una moneda de oro en la mano:

—Es para el cepillo de nuestra iglesia.

—¡Pero si sois pobres como las ratas, amigos míos!

—Pobres, quizá —contesta la hermana Bulle...

—¡Pero ahorradores! —prosigue el padre Plouck—. Y esta moneda la hemos guardado pensando en los malos tiempos. ¡Tómela!

Fray Tuck se siente tan emocionado que está a punto de llorar. Apenas ha puesto el “tesoro” en lugar seguro, cuando da un respingo: ¡el sheriff!



—Buenos días, fray Tuck. Me parece haber oído caer una moneda en el cepillo..., ¿me equivoco?

—¡Sí, se equivoca, sheriff!

—Sin embargo, fray Tuck, creo tener el oído bastante fino cuando se trata del dulce sonido del oro.

¡Y, empujando al pobre monje, se abalanza sobre el cepillo, lo sacude, lo golpea..., de tal modo que acaba por abrirlo!

—¡Ah! ¡Ah! ¿Qué es lo que yo decía? —exclama blandiendo la moneda. Y la añade a las otras que están en su bolsa ya llena. ¡Rojo de indignación, fray Tuck se arroja sobre él!



Desgraciadamente, no se levanta la mano contra un representante de la ley sin encontrarse con graves problemas. Aquella misma noche, fray Tuck, por muy fraile que fuera, acaba encadenado en la prisión real. Su infeliz compañero de celda es todavía menos culpable que él. Está allí únicamente porque no le quedaba más dinero que dar al príncipe Juan.

—Si esto continúa así —suspira el monje—, dentro de poco todo Nottingham estará en esta cárcel...

—¡Tiene razón! Empieza a faltar espacio por aquí. Y...

—¡Y van a soltar a los inocentes como vos! —prosigue fray Tuck, alegrándose de antemano por su nuevo amigo.

—¿Soltar a los inocentes? ¡Estáis soñando, hermano! ¡Más bien ejecutar a los que crean culpables!



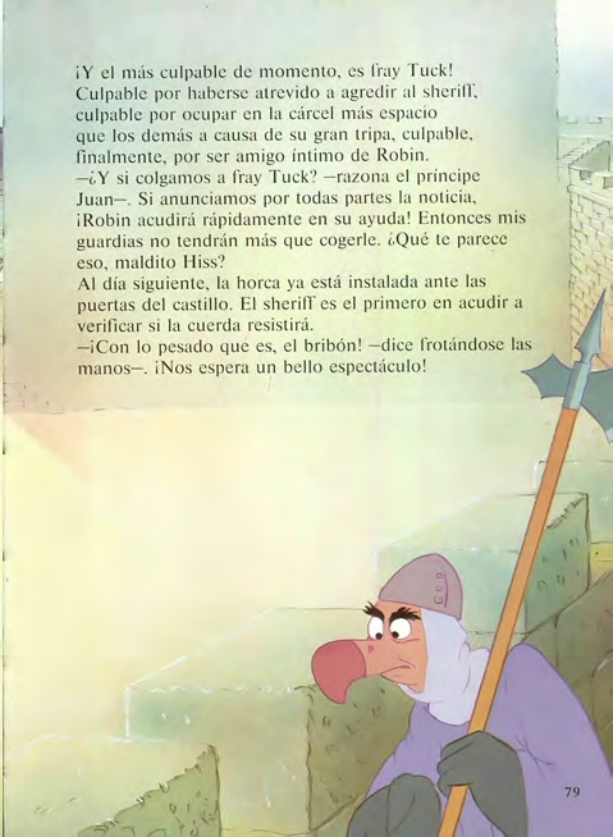


¡Y el más culpable de momento, es fray Tuck! Culpable por haberse atrevido a agredir al sheriff, culpable por ocupar en la cárcel más espacio que los demás a causa de su gran tripa, culpable, finalmente, por ser amigo íntimo de Robin.

—¿Y si colgamos a fray Tuck? —razona el príncipe Juan—. Si anunciamos por todas partes la noticia, ¡Robin acudirá rápidamente en su ayuda! Entonces mis guardias no tendrán más que cogerle. ¿Qué te parece eso, maldito Hiss?

Al día siguiente, la horca ya está instalada ante las puertas del castillo. El sheriff es el primero en acudir a verificar si la cuerda resistirá.

—¡Con lo pesado que es, el bribón! —dice frotándose las manos—. ¡Nos espera un bello espectáculo!





—¡Alto ahí, viejo! ¡Nada de mendigos por aquí! El príncipe Juan cree...

—¿Qué es lo que cree el príncipe Juan?

—Pues..., pues. ¿No se lo contarás a nadie?

—¡Palabra de ciego!

—Pues bien, cree que Robin vendrá a rondar por aquí.

Pero, ¡ay de él!, porque no le quitaré el ojo de encima.

¡Y, zas, será visto y atrapado! ¿Astuto, verdad?

—¡Muy astuto!

¡Y PAM!



¡El viejo se estira y, de un golpe con la escudilla, derriba al arquero! En seguida, Robin se quita el disfraz y corre a unirse con Pequeño Juan. Los dos amigos se deslizan dentro del recinto del castillo. Esperan la noche escondidos detrás de un montón de leña. Luego avanzan cautelosamente. Un ronquido guía sus pasos: es el sheriff que duerme, con las llaves de la cárcel colgadas de su cinturón. En el momento en que Robin va a cogerlas: ¡cuidado! Tienen el tiempo justo de pegarse contra la pared: ¡un arquero de guardia y un alabardero les pasan por delante de las narices!





¡En un santiamén, Pequeño Juan sorprende a los dos bobos, los desarma y los ata juntos sin hacer el menor ruido! Entre tanto, Robin se ha apoderado de las llaves. Ya ha trepado hasta lo alto del muro y se dispone a saltar al otro lado:

—¡Para ser un paquete de regalo, ya está bastante bien atado, Pequeño Juan! Coge eso. Y le lanza el manojó de llaves.

—¡Mientras liberas a fray Tuck y a todos los demás, yo me ocupo del tesoro real! Me parece que va a haber agitación... ¡Hasta luego!

—¡Hasta luego, Robin, y suerte!

¡Mirad esos dos canallas, qué tranquilamente duermen! No contento con tenerlas alrededor de él y hasta en su cama, el príncipe Juan sueña que está tomando un baño en una inmensa bañera llena de sonoras monedas de oro. En cuanto a la serpiente, parece que, de momento, su olfato y su mirada penetrante descansan. Ni una de sus pestañas (ni siquiera la punta de su cola) se mueve cuando Robin se sube hasta la ventana y hace su entrada en el dormitorio.



Tranquilamente, Robin pone a punto una especie de teleférico que va del dormitorio real... hasta la cárcel. ¡Desde allí, Pequeño Juan no tiene más que tirar de una de las cuerdas y recuperar uno tras otro los sacos de oro! Robin no deja ni uno. El príncipe suelta un gruñido, frunce la nariz., y luego sigue durmiendo.

Robin echa una ojeada a la serpiente: todo va bien. ¡Al menos eso parece! Porque, en su sueño, sír Hiss oye ruidos raros... Pequeño Juan ha encargado a los primeros prisioneros liberados que sigan desatando en su lugar los sacos de oro. Así puede proseguir con su misión de liberador.



—¡Alan Dale! ¡Vos aquí!

—¡Pues sí, mi buen Juanito! ¿Qué quiere que le diga? Los tiempos son duros... ¡incluso para los artistas! Afortunadamente, tenemos música, y gracias a ella la moral se ha conservado alta. ¿No es verdad, Toby, querida mía?

—Es verdad —asiente la tortuga—. Como siempre llevo mi casa a cuestas, ¡incluso aquí me siento un poco como en casa!



—Y a mi —declara un pájaro con perilla—, no me disgusta nada que lleguéis precisamente ahora; estas cadenas empezaban a dañarme el cuello... Pero el más feliz, y con mucho, es fray Tuck. Él ha escapado a la muerte gracias a Robin y a Pequeño Juan. ¡Aunque fuera a ir derecho al Cielo, no tenía mucha prisa en dejar a sus amigos!





Robin tiene el tiempo justo de saltar por el balcón y seguir el mismo camino que los sacos de oro. Sir Hiss se ha lanzado en su persecución arrastrando al príncipe Juan con él. ¡Pero, crac! Uno de los sacos se desgarran, se caen las monedas... y despiertan a los arqueros adormilados. En seguida, llueven las flechas por docenas. —¡Más deprisa, Pequeño Juan! Antes de que estos malditos me transformen en un colador...



¡Robin está salvado! Al menos, de momento... Aunque ha llegado sano y salvo al interior de la cárcel, su tarea no ha acabado: —¡Vosotros, marchaos con los sacos de oro! Yo me encargo de los guardias y del sheriff. Mientras peleen conmigo, no pensarán en vosotros. ¡Venga, rápido! Fray Tuck y Pequeño Juan no se entretienen. Devolver a los pobres el dinero que les ha sido robado: ¡ésa sí que es una misión agradable!



Robin había calculado bien. Nada más verle, los arqueros se olvidan de los otros y se abalanzan sobre él. Naturalmente, el sheriff no se amilana a la hora de vengarse de su eterno enemigo. Cuando Robin desaparece en el interior del torreón, el horrible personaje, blandiendo una antorcha, se lanza hacia la oscura escalera en su busca.

—¡Ay de ti, granuja, ya te tengo! ¡Cuando llegues arriba, o saltas al vacío o te quemo vivo! ¡Ja, ja, ja!
Y su risa satánica retumba por todo el castillo.





Pequeño Juan va delante: fray Tuck, detrás: con semejante tiro, la "Carreta de la Libertad" debería llegar sin tardar a buen puerto. Cruza el foso por el puente, que rápidamente se eleva tras ella. ¡Justo a tiempo!

—¡Un verdadero milagro! —exclama fray Tuck.

—¡Qué va, hermanito! —rectifica Pequeño Juan—. No es un milagro: ¡es Robin, sencillamente!

Pequeño Juan está en lo cierto. Una vez en lo alto del torreón, Robin se ha tirado al vacío ante los ojos pasmados del sheriff. Pero no os preocupéis: le ha dado tiempo de atar una cuerda en el alféizar de una ventana. ¡Y con este lazo mágico, aterriza cerca del puente levadizo en el momento adecuado para salvar a sus amigos!



—¡Ah, estás ahí, reptil inmundo! ¡Así es como velas por
mi oro! ¡Me las pagarás! ¿Me oyes? ¡Me las pagarás!
Pero en el último momento, la serpiente se escurre
dando un silbido... ¡y el palo se estrella contra las
baldosas! Entonces el rey, desanimado, se sienta en el
suelo y, por supuesto, se mete el dedo gordo en la boca
y llama a su mamá. Sus gritos son tan agudos que se
podrían oír en el bosque de Sherwood.



Pero nuestros amigos tienen algo mejor que hacer: aplauden a rabiar a su héroe. Saliendo, como de costumbre, de la capucha del fraile gordinflón, la hermana Bulle y el padre Plouk también aclaman: —¡Viva Robin, abajo la miseria y muerte al falso rey de Inglaterra!
—¡Y viva el rey Ricardo! —prosigue Robin—. ¡Que regrese de prisa para restablecer la justicia entre nosotros!
—¡Que el Señor te oiga! —añade fray Tuck alzando los ojos al cielo, lleno de confianza...



La fe de fray Tuck le ha traído
suerte; dos días más tarde: tocad,
trompetas y tambores, ¡EL REY
RICARDO ESTÁ DE VUELTA!
—Majestad —aventura tímidamente el
fraile—, me han hecho un encargo...
delicado.

—Habla, fray Tuck, habla.

—Pues bien..., es que..., en fin...,
Robin, Robin Hood, o más bien su
sobrina, la bella Marian..., en fin,
Robin y su sobrina...

—En resumen —interrumpe el rey,
haciéndose cargo—, mi sobrina ha
doblegado al forajido más
incorregible, ¿no es eso?

—¡Eso es, majestad!

—¡Pues bien, fray Tuck, este
asunto me parece bastante...
divertido... como para
consentirlo!

—¡Oh, gracias, buen rey!
¡Voy corriendo a dar la
buena nueva!



La ley de la bella Marian era, por supuesto, el Amor, y la única solución para hacerla respetar: ¡el matrimonio! Todo Nottingham está presente para aclamar a los jóvenes esposos. Hay que decir que, desde que han encarcelado al príncipe Juan y a su horrorosa serpiente, la paz, la alegría y la prosperidad han vuelto a reinar en el pueblo. Durante aquel día de felicidad, sólo dos, entre los invitados, derraman alguna lágrima: lady Kluck, que se siente como si perdiera a su propia hija..., y Pequeño Juan, que siente como si perdiera un poco a su hijo. Los dos se miran... ¡y caen emocionados el uno en los brazos del otro! —Me parece —susurra la maliciosa tortuga—, que pronto volveremos a ir de boda...





Y yo que os hablo, Alan Dale, tuve también un papel ese gran día: componer para la ocasión una tonada de la cual estoy bastante orgulloso. ¡Ahí va!:

ESTROFAS

1

*Por muy listín
Por muy pillín
Por muy Robin
Que uno sea*

2

*Por muy quejica
Por muy bromista
Por muy chismoso
que me veas...*

ESTRIBILLO

*Cuando el Amor pasa y te va a atrapar,
¡más vale no resistirse!
¡Chis-pun!, ¡Rataplán!*

© The Walt Disney Company
1988 Ediciones Gaviota, S.A.
Reservados todos los derechos.
ISBN: 84-392-8438-1
Depósito legal: L.E. 1003 - 1988
Printed in Spain - Impreso en España
Editorial Evergráficas, S.A. - León



No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Obras clásicas Disney

ISBN 84-392-8438-1



Merlín el Encantador
Pinocho
Peter Pan
Alicia en el País de las Maravillas
El Libro de la Selva
Donald y sus amigos
Basil, el ratón superdetective
Tarón y el caldero mágico
La Cenicienta
Dumbo
La Bella durmiente del bosque
Bambi
Blancanieves y los siete enanitos
Los Aristogatos
101 Dálmatas
La Dama y el Vagabundo
La Navidad de Mickey
Robin Hood
El osito Winnie
Tod y Toby
Los Rescatadores



Ediciones Gaviota, s.a.